

Un decálogo de valores del Almirante Brown

Discurso pronunciado el día 22-6-2012 | Por Pedro Luis Barcia



El héroe como modelo

Se cumple un nuevo aniversario del nacimiento de nuestro primer Almirante. Ello nos convoca en torno al mástil, arbolado con nuestra bandera, en la plaza que lleva el nombre de su Irlanda natal. Tierra aguerrida y madre de talentos –Lord Dunsany, Swift, Oscar Wilde– que, como uno de ellos, Bernard Shaw, lo explicara, siempre resultan originales porque están incluidos en el mundo cultural inglés pero viven en ese seno desde la perspectiva de una herencia cultural diferente, la celta y católica. Ella los dota de una mirada renovadora. Agradezco a las autoridades de la Armada el honor de haberme ofrecido la tribuna esta mañana. Lo agradezco y me honro con este convite, pero, se sabe, son favores

que comprometen y obligan a estar a la altura de la celebración. Levo ancla y que Neptuno me sea grato.

Los griegos, padres de la matriz educadora de Occidente, la “paideia”, apoyaban la formación humana integral y moral de sus muchachos, con la propuesta directa de una galería de hombres notables. No un panteón de dioses, no un friso de entelequias. No: un conjunto real de varones ilustres que encarnaban diversas virtudes y valores, que habían animado entre sus vecinos de la polis. Porque los valores no se perciben sino hechos materia en una realidad, en una obra o en la mejor de las obras del hombre, una persona. Y el conocimiento de las hazañas de esas vidas, de la heroicidad de sus acciones mostraba a los jóvenes lo

que se puede hacer cuando hay compromiso y decisión. Eran hombres imitables porque eran de la misma materia de que estamos hechos los humanos. Si ellos lo hicieron también ustedes lo pueden, les decían con esa prédica encarnada. Políticos, gobernantes, pensadores, militares, artistas, deportistas constituían ese varío y matizado friso.

Posiblemente ninguna de las figuras de la galería fueron hombres perfectos, pero había anidado en ellos una excelencia (“aretés” le llamaban) o un haz de excelencias, que habían sido el eje y el motor de su vida.

Hoy a esa enseñanza la llamamos “educación en valores”, una de las formas más predicadas y menos concretadas de la docencia en nuestro país. Y es una pena, porque disponemos en nuestra historia de una cohorte de figuras notables que bien pueden proponerse, esto es, ponerse delante, de nuestros muchachos y chicas, en todos los campos de la acción humana, y que sirvan de espejos en los que mirarse.

El hombre es una creatura valorante. Lo sepa o no, lo haga a conciencia o en medio de sus confusiones, se mueve por valores reales o por aquellos disvalores que, confundido, los estima como positivos, por deseables y a los que aspira.

Brown fue nada más pero nada menos que un hombre. Por eso vale como ejemplo, de haber sido un ser anormalmente excepcional, una suerte de semidiós, no valdría educativamente para nosotros.

Hay valores humanos universales, hay otros institucionales y los hay grupales e individuales. Lo que apretadamente haré aquí es compulsar los valores brownianos, extraídos de la incardinación de sus acciones y actitudes, y enunciarlos a la manera de un decálogo para que se advierta, cómo esos valores preanuncian los de la institución que él acaudilló desde el vamos: la Armada Argentina. Ese conjunto de valores concertados en una persona no se agotan en ella ni son estrechamente temporales: son asimilables a la institución y durativos en el tiempo. Por eso, ellos han servido de base, a lo largo de los años, a un aspecto destacado de la pedagogía naval: la educación en valores brownianos.

1. El primer valor browniano es heredado, radica en el ADN de los irlandeses: **la voluntad inquebrantable de la lucha por la libertad de su pueblo**. La hereda de su estirpe. Nacido en Foxford, Condado de Mayo –como una prefiguración de su anclaje argentino–, en los pantanos irreductibles de Connaught, donde sus antepasados resistieron por siglos el avasallamiento inglés y los degüellos masivos, que tanto supo repudiar cuando



los españoles los ejecutaban en el Plata, en sus abordajes a naves criollas. Ese lema de la lucha lo trajo en su sangre: el probado gen de defensa aguerrida de la libertad de su suelo. Aquí, su patria adoptiva. Brown estuvo en la ciudad durante la Gran Semana germinal de Mayo y fue testigo del despertar de la conciencia de un pueblo hacia su libertad. Su sangre irlandesa consonó desde el vamos, en una sola palpitación, con aquel sentimiento y animó toda su acción marina en pro de la independencia de nuestro suelo, que tomó como propio, y fue la patria de sus hijos. Declaró, en muchas ocasiones, su compromiso vitalicio para con la empresa libertadora, y así lo cumplió cada vez que fue convocado, con la lucha independentista. “El honor nacional requiere un esfuerzo”, escribió en el parte de la toma de la Colonia.

2. El segundo valor que subrayo es **la capacidad para recuperarse con vigor y entereza de la adversidad, o más aún, en medio del vértigo de la adversidad misma**. Esta condición de su espíritu la manifestó ya antes de asumir el mando naval. Como marino mercante en el Plata fue despojado una y otra vez de sus barcos, con la pérdida de todos sus haberes, con la confiscación de su navío en Bahía; con el naufragio del *Elisa*, en la Ensenada de Barragán; con la captura del *Industria*, por los marinos españoles de Montevideo. En todas las ocasiones, el marino se recobró y recommenzó,



con ánimo decidido, la recuperación de sus bienes perdidos. Brown es de los que no se apampaban frente a lo adverso, sino que se aplicaba a superarlo.

Cuando estaba al mando como Comodoro, en su bautismo de fuego en Martín García, barrida la tripulación del *Hércules* por la metralla goda, desmantelado el navío insignia, se empeña y planifica el desembarco en la isla hasta dominar la situación. El peligro para él fue un accidente; la aparente calamidad desastrosa fue un desafío.

3. Un tercer aporte axiológico es **la obediencia al gobierno civil a cuyas órdenes estaba, al tiempo que daba su opinión frente a las decisiones**; como cuando se le ordena avanzar hacia el Arroyo de la China, en persecución de los navíos españoles y él aconseja el sitio de Montevideo, que concluirá con el éxito de su empresa. O cuando, siendo Delegado a cargo del gobierno, interviene frente a la decisión de Lavalle de fusilar a Dorrego, para que desoiga las sugerencias extraviantes de Salvador María del Carril y de Juan de la Cruz Varela. De habérselo escuchado, otro hubiera sido el devenir del país.

A ello asociaba la superación de los colores políticos cuando se trataba de defender la soberanía. En esto se comportó como San Martín. Al momento en que se lo necesitó, acudió dispuesto a colaborar.

4. **La perseverancia en su empeño.** La tozudez sostenida en pro de un objetivo. Era como bulldog, que cuando mordía una meta no abría la boca hasta poseerlo. Hizo y rehizo su flota una y otra vez, con cueros, con plomo, forrando el casco de coraje. Brown encarna dos formas de cultura deterioradas en nuestros días: la cultura del proyecto y la cultura del trabajo, sin el cual no hay plan realizable. Ambas las articuló en sus campañas “el fiero Brown”, como le llama la poesía, a las que sumó una pronta capacidad de táctica resolutoria de situaciones complejas e imprevistas. La planificación es madre del éxito, “Carta, brújula y derrotero hacen un buen marinero”, dice el refrán español. Sin proyecto andamos al garete. Salió decenas de veces “la armadilla”, como la mentaba Juan Larrea, rumbo a la gloria, con porfía empecinada al frente de lo que llama en sus Memorias: “la escuadra republicana” en acertado contracanto con “la escuadra imperial brasileña”.

5. **La audacia lúcida y el valor temerario.** Lo probó tantas veces pasando entre la flota enemiga, y dando golpes de timón a sus acciones, que resultaban imprevisibles a sus contendientes. O como cuando, en el Pacífico, nada en el agua llena de cocodrilos, hasta alcanzar la nave en que se producía la matanza, y tea en mano, avanza hacia la santabárbara de la *Trinidad* para detener el salvaje degüello de su gente a manos de los guayaquileños. Salvó así a sus hombres a riesgo de volar todos, y al precio de ser hecho prisionero.

6. **La inalterabilidad del ánimo en el riesgo extremo.** Como cuando supera el tormentoso curso del Estrecho de Magallanes, que Góngora, sin conocerlo, definió metafóricamente en un solo verso: “bisagra de cristal de dos océanos”. Se sobreponía a los embates de la naturaleza y de sus enemigos. Entonces se lo veía, las piernas abiertas para equilibrar el bascular y rolar del buque y la pipa con su cazoleta invertida para “no embocar agua” con notable calma. Recuerda aquella imagen en que Lugones presenta a Mitre, viendo desde una lomada la lucha de su ejército con el enemigo, en tanto crece la colilla de su cigarro sin que tiemble la boca que lo sostiene. Mantuvo la inalterabilidad del ánimo en medio del zafarrancho.

7. **La defensa de su personal y de su gente.** Si bien conocemos, por varios testimonios, y por sus propias páginas, lo exigente que fue para con su tropa, a la vez, se afirma el reconocimiento de la fidelidad de los capitanes a sus órdenes, y de su ánimo estimulante en el ejercicio de su autoridad.

8. **La piedad humanitaria frente al vencido.** *Honor victis*, honor a los vencidos. Jamás cometió actos de crueldad con el enemigo. Y constan sus reacciones

furiosas contra el exterminio que los enemigos solían ejercitar en los abordajes. “Que se vaya el gringo, que es un valiente”, dijo, y liberó a Garibaldi.

9. La honestidad en el desempeño de su tarea. Brown ganó bien su pan y con trabajo. Y como un romano viejo, cuando terminó su tarea en las aguas, se asentó en tierra como labrador. “En hombres que han atravesado por situaciones que a diario se les presenta la oportunidad de enriquecerse, es rasgo poco común de carácter tal indiferencia por la riqueza que pueda reducirlos, como el bizarro veterano y desprenderse de sus gobiernos con la bolsa vacía”.

10. Dar la vida por la Patria. “Mi vida es vuestra y rendirla por el honor de mi país es mi primer deber”, escribe en 1826, quien estaba dispuesto a morir por el pabellón de su patria adoptiva, en ocasión de la guerra con el Brasil, cuando con 4 barcos va a enfrentar la flota brasileña de 31 navíos.

Esto no lo juramos los civiles. Y este valor de ofrecer la vida por la Patria modifica y transe la calidad y profundidad del resto de los valores humanos de un marino militar. Por eso, a partir de esta estimación, mal puede decirse de que la totalidad de los valores son los mismos para civiles y militares.

Brown era consciente de los valores que portaba, los que suscitaba en los suyos y los que imponía al adversario. Dice en sus Memorias: “La intrepidez y la perseverancia con que fue atacada y tomada la isla, asentó en alto grado una superioridad que mantuvo luego durante el resto de la guerra, deprimiendo el espíritu de los españoles,” (pág. 54). Y, más adelante: “La escuadra imperial aventajaba en todo a la nuestra —dice Brown— menos en energía moral”.

En un pasaje de su oración fúnebre, Mitre dice: “Su existencia es la consagración a la religión sublime del deber, la fidelidad a la vieja bandera de su patria adoptiva, el culto del honor militar y la práctica de las virtudes públicas y privadas, que realzan la magnitud de sus hazañas y la altura moral del héroe republicano”.

Quiero hacerle sitio a dos pasajes de su vida que me impresionaron vivamente, y por distintas razones. El primero, cuando cuenta como, cautivo después de ofrecerse para salvar a los suyos, en el río Guayas, en tierra, atraviesa la multitud silenciosa que a ambos lados le hace calle, desgreñado y desnudo, sólo cubierto por la bandera de su bergantín. La muchedumbre lo ve desfilar a paso firme y lento y se le impuso esa imagen

de tal manera que no se oyó un solo impropio contra el marino, en medio de la admiración silente del pueblo. Se escuchó, cuenta un historiador, una voz que preguntó a su paso: “¿Quién es el pirata?” Y otra voz le respondió categórica: “No es un pirata: es un insurgente. La bandera que lo envuelve es de un pueblo libre”...

El segundo episodio, se da cuando Brown les entrega la bandera de Los Pozos a los alumnos del Colegio de Ciencias Morales, donde estudiaba la joven intelectualidad argentina, semillero de futuros políticos y gobernantes. Su rector, Manuel de Irigoyen, sabe calar el sentido profundo del gesto, cuando expresa en la ocasión: “Que la enseña los estimule en el cumplimiento de sus deberes y los excite a ser eternos defensores de la libertad e independencia en esta nación generosa y liberal. Sea Brown nuestro modelo: imitad sus virtudes y así esta ciudad será la patria exclusiva de los héroes”. El rector sabía que sin los guardianes de la Patria, no hay Patria posible ni intelectualidad futura.

Voy a forzar la vela, en demanda del final.

Que le valgan a la Armada las anclas axiológicas del Almirante. Que siempre sepa retornar a ellas, como a un saludable *ethymon*, en busca de renovación y dinamismo. Como decía Bergson, en las innovaciones y revitalizaciones hay que operar como el saltador en largo: primero, retroceder unos cuantos metros para que el impulso sea mayor para llegar más lejos; es una forma de apoyarse en las fuentes y consolidar la identidad. Se proyecta con vuelo porque se respaldó en lo pasado vital, sin quedarse en él. La tradición del haz axiológico browniano es, en sí, un macrovalor que da marco a toda la vida marinera.

Hay dos maneras de ser originales en una institución: volver a los orígenes que la fundaron para retomar el legado y reafirmar la pertenencia, y la segunda, hacer de ese legado una oferta de innovación permanente en sus proyecciones. Porque una vida y una institución que no respeta su escala de valores esenciales va a los bandazos. Adviértase que dicha escala de valores da sentido a la navegación y a la vida, ya el vocablo sentido tiene dos acepciones: dirección y significado

Es deseo de todos que la Armada mantenga una tradición viva de estos valores, esa tradición no es un jergón para dormir en ella una siesta estática, sino una tradición vista como un trampolín que nos proyecta hacia lo adveniente. Que nos valga el haz de valores del Almirante del Plata.